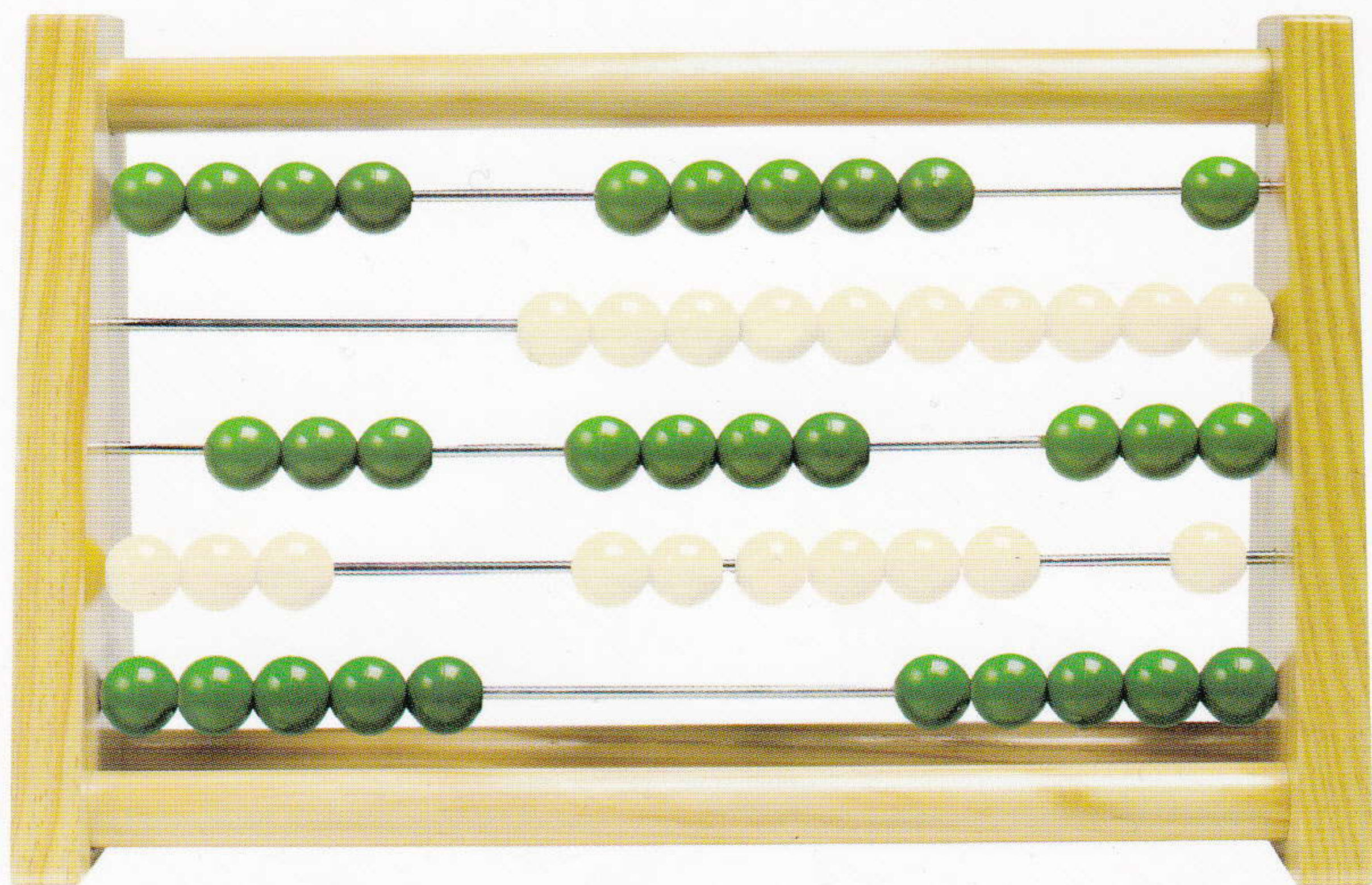


cien empresarios

Antonio Parejo *coordina un equipo de sesenta y seis especialistas para ilustrar la economía andaluza a través de las biografías de sus emprendedores más relevantes. Prólogo de Manuel Pimentel.*

GRANDES EMPRESARIOS ANDALUCES



La trayectoria vital y profesional de Matías López Oller, como la de su gran competidor en la ciudad, Thomas Morrison, representa el triunfo de ese tipo de hombres de negocio que surgiendo de la nada y aprovechando las oportunidades que se le ofrecen son capaces de construir una importante empresa que luego van a heredar sus hijos. Sin embargo, y al contrario que otros contemporáneos, sus ambiciones políticas fueron limitadas y los cargos públicos que desempeñó bastante escasos a pesar de que su situación económica le convirtió en un hombre influyente. De iniciales simpatías liberales, terminó por aproximarse en los años finales del siglo XIX a los conservadores, por cuyo partido se presenta candidato a las elecciones municipales de 1895 [Peña (1998): 356]. Sí participó activamente en la Cámara de Comercio local, de la que fue socio y primer presidente de la sección industrial. Formó parte de la junta directiva de esta corporación en los primeros años del siglo XX y como tal fue comisionado para acudir a la Asamblea de Cámaras que en noviembre de 1901 se celebraría en Madrid. En 1905 se daba de baja en esta institución.

Matías López Oller había nacido en Sevilla en 1846, hijo de Manuel López y María de Oller. Casado con Antonia Gómez Núñez, con la que tuvo seis hijos, se había trasladado a Huelva en los años setenta con la intención de construir un taller de fundición, un oficio en el que se consideraba un experto. Con ese fin compró en 1879 un solar en el barrio del Carmen, calle Tendaleras, a José García Ramos, empresario y alcalde de la ciudad posteriormente, con una superficie de 512 m². En él va a construir el taller y su casa y para ello va a pedir un préstamo a Diego Bull y West —otro destacado hombre de negocios local—, de 15.000 pesetas, en 1880. El piso de abajo se va a dedicar a talleres de herrería, cerrajería y fundición, mientras en el piso de arriba, además de la vivienda, se habilitaba un espacio para el taller de modelado. En ese taller comenzó a ensayar con distintos artilugios mecánicos que luego patentará: cajas de caudales, norias y prensas de su invención, balcones-cancelas, etc., fueron expuestos con motivo de la inauguración de su nueva fábrica en 1884.

En efecto, la expansión del negocio y las limitaciones e incomodidades del primitivo taller de Tendaleras hicieron que Matías López decidiera construir una gran fábrica metalúrgica en Huelva. En 1884 arrendaba con esa intención una casa, sus almacenes y la maquinaria que contenía, en la calle Odiel (números 28, 30 y 32), próxima a la estación de tren y no muy lejos del puerto, a Antonio Flores y Almonte, vecino de Moguer. Las obras de acondicionamiento, de las que se encarga el arquitecto Manuel Pérez, terminan en ese mismo año y las instalaciones se van a inaugurar el día 25 de abril de 1884. El edificio tenía 2.200 m² de superficie y se componía de seis talleres y dos almacenes, además de la zona de oficinas por la que se accedía al local. Franqueada la entrada, y dejando a la izquierda los dos almacenes, aparece el primero de los talleres, el de herrería: en él se situaban ocho fraguas en las que podían trabajar hasta 38 obreros. Un

corredor cubierto daba paso al taller de cerrajería, con una potente máquina perforadora y taladradora, y una máquina de vapor que la movía. Junto a este último se encontraba la sala de maquinaria, con otra gran máquina de vapor. En este espacio se disponían varios tornos, un cepillo, una taladradora y una máquina para labrar roscas de tornillos «con arreglo al último sistema conocido». Contigua a esta sala, se situaba la nave de montaje de maquinaria y, sobre ella, el taller y depósito de modelados. Al fondo de la planta se ubicaba el taller de fundición, con una gran grúa de madera y hierro fabricada en el taller de Tendaleras, y a su lado el horno de fundición. Algunos de esos talleres se comunicaban, por último, con un gran patio abierto interior con cuerdas y carboneras. Según el periodista que cubría la información, «habrá muy pocos en su género que reúnan tan buenas condiciones como no sean en los centros industriales de primera importancia» (*La Provincia*, 28 de agosto de 1884).

El edificio, tasado en 157.000 pesetas, era comprado por el empresario en 1889 a su propietario, Antonio Flores. Para ello, Matías López cancelaba dos préstamos hipotecarios anteriores por 25.000 pesetas con Diego Bull y West y firmaba otro, con el mismo prestamista, valorado en 155.000. Se trataba de un empréstito por diez años a un 7,5% de interés. En 1902 se añadían nuevas dependencias a la fábrica con la adquisición de una casa lindante con la fábrica (en el número 34 de la calle Odiel) a Antonio García Ramos por 25.000 pesetas.

Inicialmente la fábrica abarcó las distintas ramas de la producción metalúrgica: calderería, cerrajería, herrería, modelado, construcción de máquinas, herramientas, forja y fundición. No obstante, se especializó en la reparación de buques y en la instalación de maquinarias de invención propia para el sector alimentario, especialmente prensas hidráulicas para elaboración de aceite, equipadas con bombas para ser movidas tanto manualmente como a motor. En los anuncios publicitarios de la empresa se podía leer: «Primera fábrica de Europa dedicada a la construcción de prensas para la extracción de vino y aceite, con los últimos adelantos conocidos» (*La Provincia*, 2 de abril de 1894).

La empresa ofrecía igualmente la posibilidad de montaje e instalación general de molinos aceiteros. Para el sector vitivinícola, en el que el propio Matías López tenía intereses directos como luego se verá, se fabricaron máquinas estrujadoras y prensas de jaula o de husillo, muy demandadas por los bodegueros jerezanos. El éxito de ambas actividades llevó al empresario a dedicar un taller en la planta exclusivamente a montaje de prensas y molinos para aceites. También se patentó una máquina para refinar la masa de pan, así como, para el sector pesquero, un «ancla mixta» para almadrabas y un nuevo tipo de prensa «para cuatro cascos de sardinas». Por último, sus talleres también produjeron material para la construcción (vigas, viguetas y cementos) especialmente para la explotación minera e igualmente vagones para el transporte de mineral.

Los materiales de construcción, especialmente de forja, se dirigieron inicialmente al mercado local. Así, por ejemplo, los trabajos de fundición correspondientes a las obras

de construcción del Matadero municipal en los años noventa del siglo XIX fueron realizados por su fábrica. Diez años después, el contratista de las obras, José Vizcaya, aún no había satisfecho el pago de esos trabajos y Matías López cedía el montante de esa deuda de 9.882 pesetas, reconocida por dos sentencias judiciales en 1895, al empresario minero Eduardo Díaz y Gómez. Pero también se acometen trabajos de envergadura en la capital del reino. Entre ellos, según Montero Escalera, parte de la obra de forja del Palacio de Comunicaciones de Madrid (1945: 189).

Una de las claves del éxito empresarial de Matías López Oller fue su capacidad para la innovación técnica. De formación probablemente autodidacta, fue un hombre siempre dispuesto a ensayar procedimientos técnicos que mejoraran la producción o que facilitaran determinadas tareas. En ese camino, pronto entendió que la inversión en tecnología requería de capital humano formado y con experiencia laboral pero también de conocimiento. En el primer caso, Matías López se rodeó de un equipo de obreros cualificados a los que trató de incentivar de diversas formas. La visita del rey Alfonso XIII a la fábrica le ofreció la oportunidad para ello. En esa ocasión, propuso ante el monarca, a instancias del duque de Sotomayor, una distinción honorífica para cuatro de sus obreros: José López Lozano, herrero; José Díaz Noné y Francisco Carrera Miranda, torneros, y Manuel Mata García, ajustador. El 22 de abril de 1905 el periódico *La Provincia* daba cuenta de la llegada a Huelva de las cuatro cruces que la mayordomía del Palacio Real había concedido.

La inquietud por conocer nuevas técnicas le llevó a visitar los principales centros industriales españoles. Además, animó a sus hijos a que estudiaran el oficio en la universidad y a que viajaran. Al menos dos de ellos, Matías y Joaquín, serán ingenieros industriales, en la especialidad de mecánica y química. El último, que terminará por hacerse cargo del negocio, recorrerá distintos países europeos aprendiendo las claves del negocio e interesándose especialmente por los procedimientos técnicos más novedosos aplicados en el sector.

Dos acontecimientos vinieron a perturbar en los inicios del nuevo siglo, sin embargo, el desarrollo normal de las actividades industriales. En primer lugar, la huelga iniciada por los operarios de la fábrica en julio de 1901 que, según la prensa de la época, fue resuelta satisfactoriamente y sin mediación exterior por los directivos. En segundo lugar, sin relación directa con el anterior, un incendio aparentemente fortuito redujo a cenizas el taller de carpintería de la fábrica unos meses antes, causando cuantiosos daños (*La Provincia*, 20 de julio de 1901; 22 de octubre de 1900).

Esos problemas, sin embargo, se solventaron sin graves dificultades y en esos años el negocio experimentó un fuerte despegue. Los productos de la fábrica de Matías López se comercializaron sobre todo en Extremadura y Andalucía, aunque como se ha adelantado, también se realizaron trabajos en la capital del reino. De la recepción de esos productos en esos mercados son buena prueba los galardones que les fueron conce-

didados en diversos certámenes. Fueron premiados, especialmente las patentes, con Diploma de Honor y Medalla de Oro y Plata en la Exposición Onubo-Extremeña de 1903; con Diploma de Honor en la Exposición de Productos Industriales y Agrícolas de Córdoba de 1903 y con la Medalla de Plata en la Exposición Marítima de Cádiz. Las relaciones comerciales con esta última provincia eran especialmente fluidas, gracias a los pedidos de los cosecheros jerezanos. Sobre la excelente acogida de las prensas para molturar uva entre estos viticultores afirma un artículo periodístico de los años veinte que «casi todas las [prensas] que funcionan en las industrias vinícolas de Jerez han sido construidas por esta casa».

El más importante reconocimiento, sin embargo, a la labor de Matías López llegó con la visita que Alfonso XIII hizo a la ciudad el 7 de mayo de 1904. El Rey quería conocer de primera mano algunas de las invenciones procedentes de su taller así como inaugurar un gran torno con su nombre: «El Rey, acompañado del Sr. López visitó el establecimiento deteniéndose ante las prensas y otros aparatos de la exclusiva construcción de la casa. Al Rey prodújole muy favorable impresión, felicitando a D. Matías López». Para el monarca, la fábrica era el símbolo de la modernización económica de la ciudad: «Este proceso parecía propio de otras poblaciones donde la industria tenía el mayor desarrollo, por poseer elementos muy superiores a esta ciudad» [Miró (1999): 32].

Matías López también fue un cosechero y exportador de vinos blancos del Condado. Poseía varias bodegas en la provincia y también pagos de viñas. La bodega más importante se localizaba en las afueras de la ciudad de Huelva en el pago de Vicos. Se trata de la Hacienda Los Santos Lugares, con una cabida de 40.900 m² sembrada de viñas. En 1896 su hijo natural, Manuel López Gómez, y su hijo político, Joaquín Hernández Barceló, la habían comprado al político conservador Manuel de Burgos y Mazo por 2.500 pesetas. En ellas se va a instalar la maquinaria «más perfeccionada para la elaboración de sus vinos», como proclamaba la publicidad de la casa. Poseía también una bodega en Gibraleón, comprada en 1900 a Víctor Ruiz, que constaba de varias dependencias alrededor de dos patios y en ella estaban instaladas cinco grandes prensas, máquinas estrujadoras y bombas. Tenía asimismo los útiles y maquinarias necesarios para construir barriles. Estaba también preparada para el montaje de un molino aceitero. La crisis vitivinícola de los primeros años del siglo XX sería probablemente la razón de que en 1905 Matías López anuncie en el periódico su disposición a arrendarla o venderla. Parece que también poseía instalaciones de este tipo en la calle Rábida, en la capital.

Asociada a las dos anteriores aparece una tercera actividad, la propiamente mercantil, que va a crecer extraordinariamente en los últimos años de vida de Matías López, cuando ya sus sucesores se estaban haciendo cargo de los negocios. En 1910 adquirirían un barco de vapor, el Isla Saltes, con este motivo. Durante la Primera Guerra Mundial, la empresa reorientó momentáneamente su negocio hacia el tráfico mercantil, aprovechando el auge de las exportaciones, sin abandonar las actividades propiamente indus-

triales. Hasta 1912 se habían estado realizando actividades relacionadas con la consignación de buques, pero en las cuotas al tesoro desde ese año, esa categoría desaparece y en su lugar tributan como comerciantes: en los años de la Gran Guerra los gravámenes por este concepto llegan a superar, aunque ligeramente, a los que se pagan por las actividades industriales.

También participa en dos importantes iniciativas empresariales a principios del siglo XX. Por una parte, formaron parte del grupo destacados hombres de negocios —entre los que se hallaba el matador Miguel Báez Quintero— que en 1902 promueve una sociedad por acciones, con 150.000 pesetas de capital inicial, para la construcción y gestión de la plaza de toros en la ciudad. En su consejo de administración ocupaba el cargo de vocal. Matías López también poseía acciones de la Sociedad Anónima La Atlántica, dedicada a negocios pesqueros y, como se sabe, animada por Guillermo Sundheim.

Como ya se adelantaba, el empresario fue introduciendo en el mundo de los negocios a sus hijos. Además de trabajar en la fábrica con Matías y con Joaquín, también se va asociar con tres de sus hijos —el propio Joaquín, Antonio y José— para crear en 1910 una compañía colectiva (con 43.375 pts. de capital) para la explotación del barco Isla Saltés. Desde entonces, serán éstos los que irán asumiendo mayor protagonismo en el negocio familiar. Cuando Matías López Oller muere, el 22 de julio de 1922, el negocio queda inicialmente en manos de sus hijos, aunque en 1923 Joaquín va a comprar las participaciones a sus hermanos, pasando a dirigir en solitario y hasta su muerte, acaecida en 1961, la fábrica fundada por su padre.

Juan Diego Pérez Cebada